

pre quijote, siempre quijote. Yo no digo que deba vd. vivir encerrado, no señor; al fin es vd. hombre y eso basta; pero á su edad no es natural ni conveniente pensar en cosas formales ¿me entiende? Es decir, por ejemplo: rompieron un vidrio del balcón; bueno ¿y á vd. que le importa? ¡Hombre! Sólo que se quiera vd. casar con esa muchacha!

Soltó Vaqueril una risotada franca y sincera y continuó:

—Es hermosa y alabo el gusto; pero una muchacha de pueblo, ordinaria y con educación de Cabezudo, está bueno que le guste á uno ¿me entiende? pero ¡hombre! sería un disparate que vd. la quisiera de veras.

¿Por qué al oír esto arrojé el tintero al suelo, poniéndome pálido y tembloroso? ¿Por qué cuando Vaqueril me preguntó qué me sucedía, no pude contestar y estuve á punto de caer? ¿Por qué, si aborrecía yo á Remedios, sentía yo tanta ira y tanta rabia?



XIII

Gavilan.

AO señor; aquella situación era insostenible, y urgía salir de ella á la mayor brevedad posible. Remedios... ¡psh! debía yo olvidarla enteramente, alejarme de ella, portarme de tal modo, que entendiera con claridad que me inspiraba un profundo desprecio; no, ni eso siquiera; porque para despreciar es preciso acordarse de algo, y yo no había de acordarme de nada, de nada absolutamente. ¡Querría irme de aquella ciudad

maldita! ¿Y sería esto muy difícil? No por cierto. En cualquiera parte encontraría un pedazo de pan ganado con mi trabajo, y en cualquiera sufriría ménos. Pero si me iba, Miguel y Don Sixto quedarían dueños del campo, no encontrarían las dificultades que yo podía oponer, y aunque ella fuese una mujer indigna de ocupar el lugar que tenía en mi alma, yo no podía consentir ¡eso nunca! en que fuera juguete del uno ó legítima posesión del otro, que aun persistía en sus honrados sentimientos. ¡No, mil veces no! Remedios me pertenecía, como al marido la mujer despreciada, de quién sin embargo tiene celos aquél, aun cuando llegue á aborrecerla. Me quedaría yo, sí que me quedaría, no para reconquistar un amor arrastrado por el lodo; sino para impedir que otro gozara la dicha que yo había perdido.

Echado por este camino, mis pensamientos debían ir subiendo sin esfuerzo ni fatiga, empujados por mis encendidas pasiones.

Resueltamente, me quedaría, y no así como quiera; sino en actitud hostil, y trabajan-

do sin descanso para hacer todo el mal posible á aquellos de quienes los recibía á puñados. Mientras tanto ¿cuál era mi posición? ¿como debía comportarme con mis jefes? ¿qué diría á Doña Eulalia cuando me dirigiese sus impertinentes preguntas?

Tanto me devané los sesos por resolver estas cuestiones, que hube de llegar á felicísima conclusión: consultar á Perez Gavilán; á aquel hombre que de un modo tan desinteresado y generoso se interesaba en cuanto me concernía, y me aconsejaba como el mejor amigo.

En verdad que no tenía parcial más adicto el famoso agitador del pueblo; pero dígame si no era grandemente simpático aquel hombre moreno, de buenas proporciones, ojos vivos, faz afilada y movible, boca maliciosa y lampiña, locuaz y ágil, listo siempre lo mismo para saltar por un balcón que para urdir un enredo ó inventar un subterfugio.

No me detuve en pensarlo: la idea era tan buena y oportuna que sobraba la reflexión.

Todo lo sabía, por supuesto; sabía que yo

había descalabrado á Miguel, que este me disparó su pistola, que luego me puse en cobro, temiendo ser reconocido. El cómo y el por qué le faltaban, y yo lo dije sin alarde, modestia ni vergüenza.

—Miguel no sospecha nada, me dijo el abogado sonriendo; nadie lo sospechará tampoco, á no ser la Gobernadora, que es mucho más perspicaz y lista que Vaqueril. ¿La ha visto vd.? Pues véala, para que se declare sobre el asunto; pero con cuidado. Si no hay solidez en sus sospechas, cálllese; en caso contrario, cuénteselo todo de pe á pa; vale más así, y mire que puede ser una buena ayuda. Doña Eulalia está enamorada de Miguel.

—¡De Miguel! exclamé espantado.

—Sí, señor; pero con amor de suegra. Si Miguel no se casa con Candelaria, á la Gobernadora le va á dar algun mal grave. Candelaria quiere simplemente casarse con Miguel.

De aquí se infiere que la Gobernadora se interesa en que vd. prospere en sus amoríos con esa muchacha; á fin de chasquear al novio

y atraerle hacia su hija. En cuanto á lo que Vaqueril pueda intentar, francamente, á Doña Eulalia le importa poco; una infidelidad más ó menos, no es cosa que la preocupe; pero sí quisiera verle descalabrado por castigo y para burlarse de él.

Rodando por aquí la conversación, iba yo descubriendo charcas que antes ó me eran desconocidas ó sólo presentía vagamente mi desconfianza; y en medio de las punzantes frases de Gavilán, me parecía ver á Remedios pasar de charca en charca empujada por manos torpes y rudas. Fué exaltándose mi rencor, avivando mi imaginación los colores del cuadro, y derramándose en mis venas la hiel que solía envenenarme y enloquecerme.

—Estoy resuelto á huir de aquí; dije á Gavilán con voz trémula. Yo no puedo vivir aquí si no es haciendo todo el mal que pueda á Vaqueril, á Miguel, á Doña Eulalia, á sus hijas, á todos. Necesito salir de esta ciudad, del Estado, irme muy lejos y no oír nunca el nombre de ninguno de ellos.

Tal vehemencia había en mi voz y tan

amarga desesperación en mis palabras, que Gavilán se cortó de pronto; pero su perplejidad fué, como todos sus gestos, un relámpago; y con modo á la vez burlón y afectuoso me llamó chiquillo, quijote y tonto, concluyendo por afirmar que yo leía sin duda una novela cada noche. Pero mi imaginación era caballo desbocado que me llevaba de precipicio en precipicio, y por primera vez me resistí á la persuasiva palabra del abogado. Me iría y mucho que me iría, sin perder tiempo ni pensarlo más; y contra tal determinación no valían nada ni la defensa que Gavilán hacía de Remedios calurosamente, ni los deseos de venganza que alentaba en mi corazón, bastante inclinado á buscarla y deleitarse con ella, ni las promesas vagas de un mejoramiento próximo en la posición que ocupaba.

El astuto intrigante parecía haber agotado los recursos de su fecundo ingenio, y buscaba con visible afán la manera de persuadirme de que debía permanecer en mi puesto; caviloso y agitado, procuraba encontrarme el flaco para vencer mi obstinación, y hería ó

halagaba unas veces mi vanidad, otras mis celos, y algunas también mi encono.

Tomó al fin una resolución suprema y encarándose conmigo de repente, me dijo con su voz golpeada y rápida:

—No sea vd. loco, muchacho. Sabe vd. que tenemos entre manos una gran combinación que ha de dar el más completo resultado antes de dos meses, y sabe también que para entonces las cosas cambiarán de tal modo, que Vaqueril se meterá en su molino y Miguel quedará reducido á cero. Bien conoce vd. que yo le quiero de veras y estimo sus cualidades, y bajo la nueva administración, que ha de formarse de la manera más conforme con los intereses públicos, los hombres honrados serán los que se levanten y figuren. Pues bien; si esa muchacha prefiere á Miguel, es porque Miguel aparece en una posición elevada, con influjo en el Gobierno, querido por el Gobernador y distinguido por él. Váyase v. i., y Vaqueril echará por el lodo á esa joven, ó Miguel se casará con ella, atrayéndose más cada día su admiración y su cariño, dejará vd. el triunfo á los que le hacen daño, para que pri-

mero se aprovechen de su cobardía y después se rían de vd. y se glorien de haber alcanzado en pocos días lo que vd. no logró en años enteros. Pero quédese, y las cosas cambian por completo: Vaqueril dentro de dos meses, (durante los cuales vd. no dejará de cuidar de la Cabezudita) estará en el molino, con una causa pendiente en el Congreso; Miguel se retirará á su casa tan insignificante y nulo como cuando salió de ella, y vd. Juan... ¡vamos! yo le respondo de que será diputado y secretario del Gobernador, con tantas distinciones como goza ahora ese abogadito de tres al cuarto.

Abrí desmesuradamente los ojos, y no dando crédito á mis oídos exclamé:

—¡Yo diputado!

Gavilán comprendió que estaba yo mal herido y continuó:

—Sí, hombre, vd. ¿Pues le parece que no tiene tamaños para serlo? Don Mateo será lo que vd quiera; yo no haré respecto á él sino lo que á vd. se le antoje. Le haremos general si vd., quiere con tal que...

—No, señor; que no sea diputado, ni coronel, ni nada.

—Corriente; pues que se vaya á San Martín.

—No, señor; que se quede aquí; dije exaltándome cada vez más. Quiero que vea que yo también puedo encumbrarme, y que lo vea ella..

—Se quedará; se quedará. Le repito que Cabezudo estará donde y como vd. quiera que esté.

—¿Y seré secretario de vd.?

—Lo será, sí señor; no como Miguel, sino disfrutando de consideraciones sin límites, como se hace entre amigos verdaderos. En una palabra: tomará vd. una parte importante en la nueva administración.

—¿Y eso será pronto?

—Muy pronto. Ayúdeme vd. en todo lo que pueda. Tiene vd. en este asunto un papel importante; pero en primer lugar es indispensable que no haga vd. locuras. El que se filia en un partido político es hombre que no se pertenece como antes, y debe ceder siempre á lo que exigen los intereses del partido mismo. Nos conviene que Miguel no descu-

bra á su rival; nos interesa que siga enamorado de esa muchacha. No me pregunte por qué. En política no se pregunta el por qué de las determinaciones del jefe. Yo me encargo de cuidar de la Cabezudita durante unos días; mientras tanto, puede vd. escribirle si quiere; pero no vaya de noche á su calle.

Aunque la Cabezudita no me importaba y aun comino, no sé por qué me disgustó aquella orden; sentía yo deseo de volver á encontrarme con Miguel en medio de la oscuridad, para hacerle algún daño de más trascendencia.

Cuando salí de la casa de Pérez Gavilán, después de revelarle cuanto pasaba en mi oficina y él quiso saber, trataba yo de estar tranquilo, pues así me parecía que debía ser, supuesto que ya no quería á Remedios. Pero mis pensamientos no podían encaminarse á otro asunto.

¡Diputado! ¡Secretario! Tendría yo un caballo mejor que el de Miguel y un traje más elegante, y los domingos por la tarde, pasaría por la calle de Remedios, sin verla, sin demostrar interés, ni enojo, ni nada; comple-

ta distracción, como si no la conociera.... ¡Demonio! ¡ya metido en la política desde aquel momento! ¡Y en el corazón de la política y tomando parte activa y principal! ¡Si ella hubiera sabido que ya tenía yo importancia!

¡Siempre ella por término de todas mis imaginaciones! Sin embargo, estaba yo seguro de que no la quería ya, y aún de que la aborrecía cordialmente.

XIV

Una comisión importante.

NO sé como pude, durante más de una semana, cumplir la orden de mi jefe de no pasar por la calle del Insurgente (la de Remedios), ó ya que la cumplí, como no me enfermé por el esfuerzo que para ello tenía que hacer desde la caída de la tarde hasta que lograba conciliar el sueño á hora bien avanzada.

—Tenga vd. confianza en mí, solía decirme Don José I. Pérez Gavilán.

Y la firmeza de su palabra y el desenfado del gesto, obraban en mi espíritu un efecto maravilloso, aunque no duraba más de dos horas.

Mientras tanto los nervios de Doña Eulalia iban encrespándose en términos de no ser sufridos ni por ella ni por ninguno de los que tenían, por su mala estrella, necesidad ú obligación de tratarla. No pasaban dos días sin que no tuviese algo que ordenarme, según el recado que yo recibía de pasar á su casa; pero una vez sentado frente á ella y Candelaria, me decía cualquier cosa de Miguel y terminaba por despedirme sin comunicarme orden ninguna.

Una tarde me mandó llamar, y comprendí que algo grave había sucedido, pues en el zaguán tropecé con Roquete, que salía con las orejas coloradas y el semblante descompuesto.

No bien me presenté en la sala, cuando la Gobernadora, que mucho procuró serenarse, me dijo con voz trémula aún y que salía á borbotones intermitentes de su boca.

— Todos son lo mismo, señor Quiñones, to-

dos son Roquetes; y si vd. no toma una actitud digna en esta ocasión, será el más *roquete* de todos. Ya vd. me entiende!

¡Y vaya si entendí aquél singular, pero expresivo lenguaje!

—Pero yo Murmuré con turbación.

—Sí, señor, vd. Pues qué ¿ignora vd. que el Congreso, que los diputados todos han dado una ley para que ese salvaje de Cabezudo se vaya de aquí y deje á su sobrina? ¿Pues no sabe que Cabezudo se va mañana no sé á donde con una comisión, y que todo eso se hace con el fin de dejar sola á la sobrina? Se necesita ser Cabezudo para tragar ese hueso, lo mismo que para ignorar que el que le rompió la cabeza á Miguel la otra noche, fué Corrales, el oficial de policía que acompaña al Gobernador en sus aventuras. Todo el mundo lo sabe, menos Cabezudo y quizá vd. que debiera saberlo antes que nadie.

—¡Yo, señora! exclamé, exaltándome á mi pesar, con las palabras de la Gobernadora.

—Vd. que está enamorado de esa muchacha.

—Yo no estoy enamorado de nadie.

—Sí, señor; no me venga vd. con embustes que son inútiles conmigo.

—Repito que no la quiero

—¡Quiñones! gritó Doña Eulalia con enojo; ó se engaña vd. por miedo, ó es vd. el *roquete* más desvergonzado de todos!

Estas palabras fueron un latigazo que me cruzó la cara. Acudió á ella toda mi sangre, se me oscureció la vista, y á no ser mujer quien tal agravio me hacía, le habría dado la respuesta á puño cerrado.

Retrocedí dos pasos, dirigiéndome á la puerta, sin poder articular palabra; pero la Gobernadora, que á la cuenta se proponía sacar ventajas de mí, me agarró por un brazo y echando á reír, me empujó violentamente hacia el sofá, obligándome á sentarme.

—No se enoje, muchacho; me dijo; le hablo así porque hay confianza entre nosotros y de propósito para picarle un poco. ¿Por qué me quiere engañar? Vamos, sea vd. razonable y tenga confianza en mí, que verdaderamente le estimo.

Mucho trabajo costó á la Gobernadora de-

cir esto con entono dulcete y afectado, como boticario que trata de envolver en jarabe el amargor de una medicina. Y tras estas frases vinieron otras y otras más, y después de una respuesta mía, nueva réplica suya; y se exaltó de nuevo, se le agitaron los nervios, se le secó la garganta, y al cabo de algunos minutos me volvió á llamar *roquete*, y en poco estuvo no me sacara los ojos en uno ú otro de los rápidos movimientos de sus brazos.

Oí pasos en el corredor y me tuve por salvado de aquél conflicto; pero andaba yo aquél día con mala fortuna, pues ví entrar en la sala, precedido de Candelarita, ni más ni menos que al Sr. Coronel Cabezudo.

Al verme, se apagó en sus labios la cortesana sonrisa con que venía obsequiando á la primogénita de Vaqueril, é incapaz de ocultar sus impresiones, manifestó sorpresa y disgusto tan claramente como si lo hubiera dicho. Hasta creí ver que los poblados bigotes se echaban hacia las orejas, con el movimiento especial que hacían cuando el Coronel lanzaba su interjección favorita, que yo, afeitando el vocablo, trasformo en ¡*canasto!*

Después de cuatro ó cinco cortesías, exageradas y repetidas que dirigió á la señora, miróme de soslayo y tomó asiento sin saludarme, en tanto que yo, perplejo y turbado, no sabía que hacer; pero la Gobernadora me hizo una señal y obedeciéndola me senté.

Doña Eulalia procuró de nuevo dulcificar el anguloso semblante y suavizar el gesto, domando la rebeldía de los nervios excitados; mientras Don Mateo, armado otra vez de su sonrisa, que él debía de tener en grande estima para aquellos casos, trataba de darme la espalda cuanto la posición de las señoras lo permitía. Y comenzó á hablar con más dificultad que nunca, puesto que había de evitar la muletilla del *canasto*, sin la cual casi no podía mover la lengua.

Iba allí con dos objetos: el primero, recibir las últimas órdenes del Sr. Gobernador, pues al día siguiente se ponía en camino para San Martín, á donde iba á desempeñar una comisión muy secreta y muy difícil; pero que él cumpliría á satisfacción del Gobierno ó se echaría en una barranca de cabeza; porque ¡can. . . ! él era muy amigo del Sr. Vaqueril

y no *de boca*, sino de veras. En segundo lugar; iba para saludar á la señora y las niñas y recibir también sus ordenes, porque él las estimaba mucho y les quería servir en todo lo que pudiera. Ya por ahí andaban algunos diciendo que el Gobierno por aquí y el Gobierno por allá; pero todos eran no más envidiosos y descontentos, porque la *administración* no los ocupaba.

Acongojado y con fatiga terminó Don Mateo el discurso que tenía de antemano listo para aquella ocasión, logrando mediante un cuidado esquisito, si no evitar su interjección predilecta, á lo menos cortarla á la mitad, acudiendo á sujetar la lengua con toda la energía de que podía echar mano.

Pocas veces, si alguna, pudo la Gobernadora calmar su enojo y exaltación, como aquella, puesto que cuando el Coronel concluyó, la risa le retozaba en la boca y animaba singularmente sus ojos. Burlándose con Don Mateo, hubo de descender á la familiaridad que las burlas requieren, lo cual complacia por extremo al buen hombre, que no podía menos de imaginar que aquella confianza,

tras tal comisión, le ponía sobre los cuernos mismos de la luna. Candelaria se mordía los labios, y hasta yo tuve gana de reír, y á punto estuve de hacerlo en más de una ocasión, oyendo las pullas de la Gobernadora y las sandeces del otro.

¡Caramba! peligrosilla debía de ser la tal comisión, cuando se recurría á un coronel tan famoso para desempeñarla ¿Y no le daba miedo? De seguro que habría necesidad de disfrazarse algunas noches, ó de poner emboscadas, ó de sorprender á conspiradores reunidos y armados. No, señor; era preciso que el Coronel se cuidara mucho. Se decía que *las cosas* iban poniéndose mal; circulaban rumores de revolución, y los rencores estaban despertando. ¡Mucho cuidado y mucha astucia! Bien que el señor Coronel era astuto y listo, y nada podía temerse por esa parte. Además, su prestigio en el distrito y el temor que infundiría su sola presencia, bastarían para amedrentar á todos los pedreños.

Don Mateo sonreía con natural complacencia, mirando á la Gobernadora compasiva-

mente, y sin comprender la burla, contestaba con monosílabas, como hombre á quien la modestia impide dar la respuesta que quisiera. Continuó por allí la conversación, y Don Mateo siendo blanco de las pullas de Doña Eulalia y motivo de diversión para Candelarita y yo; y cuando la maleante señora hubo agotado la materia por aquella parte, resbaló bonitamente hasta tratar de cómo quedaba Remedios.

Movióse el grueso Coronel en su asiento y me volvió las espaldas casi completamente, y lleno de embarazo, inquieto y mal humorado, conteniendo á duras penas los ternos que á la boca se le venían como por natural corriente, dijo que Remedios se quedaba en su casa, sola con sus criadas, lo cual nada tenía de nuevo para ella.

No quería más Doña Eulalia para entrar en el asunto con su crueldad de costumbre; y lastimando adrede los sentimientos del Coronel y los míos, dijo á Don Mateo que aquello era una imprudencia, supuesto que la muchacha era hermosa y muchos había que se morían por ella. Y la terrible señora se

extendió con extraordinaria locuacidad sobre aquel tema, sin lástima de mí ni del Coronel, que se movía en su asiento como toro maniatado; hasta que al fin, como demostración de la verdad y buena fé de sus consejos, Doña Eulalia recordó al Coronel el suceso del vidrio roto y el tiro disparado á la puerta de su casa.

—¡Canasto! gritó Cabezudo sin poder refrenar la lengua. Eso no fué más que una casualidad, ó el despecho de algún tonto á quien he de arrancar las orejas!

La Gobernadora y su hija me miraron sorprendidas por la novedad de la idea, seguras de que la alusión era para mí. En tanto Don Mateo, despeñado por la cólera que súbitamente le invadió, habló cuanto quiso y terminó diciendo:

—Tengo ya arreglado ese asunto, y mi sobrina quedará pronto libre de majaderos; á mi regreso se casará: es negocio concluido á mi satisfacción y á su gusto.

—Se casará! exclamaron las señoras.

—¿Con quién?

— Con una persona muy estimable y reputada: con Miguelito.

La venganza de Don Mateo no pudo ser más completa. La Gobernadora palideció hasta ponerse cadavérica; le temblaban los labios y no podía mantener quietos los ojos. Candelaria comenzó por demudarse y concluyó por meterse en su cuarto, pues dió en saltarle un brazo, síntoma precursor del ataque de nervios que solía padecer en las ocasiones graves.

La llegada del Sr. Vaqueril vino á sacarme de aquella horrible y peligrosa situación. ¡Cuando me ví en la calle creí haber salido del infierno!



XV

El discípulo.

EN efecto, el Congreso unánime había derogado la embarazosa ley, retorciendo los motivos que habían servido para dictarla, y pasados algunos días, con todo encarecimiento rogó el Gobierno á los representantes del Estado, le permitiesen emplear los servicios del Coronel Cabezudo en una grave é importante comisión, que á nadie sino á él podía confiarse. Como pretexto para la sociedad, fué nombrado Don Mateo para trasladarse á San Martín y dirimir una con-